



## Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 30 (2024)

María José VILLAYERDE RICO (2022), *Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo*, Madrid, Guillermo Escolar Editor (Análisis y crítica), 404 pp.



Tocqueville es mucho más que *La democracia en América*. En torno a su bicentenario en 2005, la proliferación de nuevas publicaciones e investigaciones que abordan las diversas facetas del pensamiento del político e intelectual francés vienen poniendo de relieve, tanto a nivel internacional como en España y en lo que llevamos de siglo XXI, esa pluridimensionalidad que a menudo se presenta como un reto. Cuando podía parecer que todo estaba dicho sobre este autor canónico del liberalismo del siglo XIX, el regreso a muchos de sus otros textos menos conocidos, a su correspondencia privada como a su actividad pública como diputado, a sus artículos periodísticos que trataron muchos temas más allá de la democracia representativa, todas estas nuevas interpretaciones nos alertan, en fin, de un pensamiento mucho más complejo de lo que cabía suponer, y que difícilmente se deja encorsetar plenamente en los fundamentos de la doctrina liberal —o al menos, tal y como hemos venido categorizándola retrospectivamente.

«El lado oscuro del liberalismo» al que hace referencia el título de esta gran monografía de la profesora María José Villaverde, catedrática emérita de Historia de las ideas políticas de la Universidad Complutense de Madrid, señala a uno de esos aspectos que ocupó un lugar preferente en las reflexiones de Alexis de Tocqueville, y que hoy centra la atención de los especialistas

---

en consonancia con las nuevas sensibilidades historiográficas: la relación del pensador liberal con la cuestión del colonialismo, el imperialismo que empezaba a perfilarse como el eje de la nueva política europea ya en los años previos al medio siglo XIX y, en definitiva, la actitud del liberalismo occidental, pretendidamente universalista en su defensa de los derechos humanos y los principios de igualdad y libertad, en su encuentro con el «otro».

El tema de la relación entre liberalismo y colonialismo en el siglo XIX resulta sin lugar a dudas una cuestión controvertida, tanto que la renovación historiográfica en los estudios tocquevillianos han convertido su obra en un campo de batalla donde se enfrentan las perspectivas poscoloniales que no dudan en condenar críticamente al autor de *La democracia en América* por su connivencia con las empresas de dominación de otros pueblos, y aquellos acérrimos defensores del intelectual francés que tratan de exonerarlo de toda complicidad hipócrita y culpable con la carrera imperial.

Los estudios históricos rigurosos, sin embargo, nunca deberían convertirse en un juicio sumarisísimo retrospectivo desde la mirada presentista y los valores hoy imperantes. La renovación historiográfica emprendida en el ámbito de estudio de la Historia de las ideas políticas predominante desde la década de 1970 enfatizó la tesis de que los discursos políticos no constituyen textos atemporales con los que discutir o de los que extraer lecciones para nuestro presente, sino que se hallan profundamente anclados en las circunstancias y problemas de su tiempo, a los que trataban de dar respuesta. Fueron concebidos respondiendo a unas intenciones determinadas, y para un público de su época en el que seguramente no nos encontrábamos los estudiosos de hoy. No pueden y no deben ser comprendidos por tanto aislados de su contexto político, social e intelectual específico y, como ya nos advertía Quentin Skinner en uno de sus trabajos seminales más destacados, no debemos caer en las mitologías anacrónicas de las doctrinas: etiquetar a autores del pasado de acuerdo con corpus ideológicos del presente, y desde ahí, juzgar si su pensamiento resulta coherente o no de acuerdo con nuestras expectativas.

Esta es la premisa teórica que acertadamente abraza el trabajo de la profesora Villaverde, especialista en el pensamiento ilustrado y liberal y con una dilatada trayectoria a sus espaldas en cuyos trabajos destacan estudios sobre Rousseau, Spinoza, el republicanism o este Tocqueville que aquí nos ocupa. De su mano (aunque tal vez se le podría reprochar, no siempre parece atenerse a la metodología explicitada), Villaverde nos propone un recorrido de los más amplio y variado, que avanza cronológicamente a través de casi tres décadas (1831-1859) y se va abriendo de lo más concreto (los escritos del autor) a un marco más general, el contexto político e intelectual de su tiempo del que, a pesar de su lucidez, frecuente clarividencia e independencia ideológica, no siempre puede escapar.

Comienza así este vasto, erudito y minuciosamente referenciado periplo que arranca con su viaje a Norteamérica de 1831 en compañía de su amigo Gustave de Beaumont y del que saldría su obra más aclamada, *La democracia en América*. Tocqueville no solo se interesó allí por ese nuevo fenómeno de la sociedad democrática que se desplegaba ante sus ojos, sino que también prestó especial atención a la suerte y destino de las poblaciones indias americanas, tema con el que concluye su primer volumen de *La democracia* (1835, cap. «Consideraciones sobre el estado actual y el futuro probable de las tres razas que habitan el territorio de los Estados Unidos»), a cuyas reflexiones habría que añadir su trabajo publicado póstumamente *Quince días en el desierto*, así como la correspondencia que, desde el terreno, fue enviando a su familia en Francia. La representación de esos indios diezmados y repelidos por la floreciente sociedad anglosajona hace que Tocqueville bascule entre la admiración por su orgullo y amor a la libertad y la lástima por una raza que juzga pese a todo inferior, y aún más en declive y degeneración en su encuentro con una civilización superior, la de origen europeo. Tocqueville denuncia duramente las polí-

---

ticas de exterminio «legal» y traslados forzosos promovidas por el gobierno jacksoniano, así como la actitud de los colonos, depredadores de tierras y cerrados a toda posibilidad de mestizaje o siquiera convivencia. En el choque entre dos sociedades tan dispares, reflexiona con pesar, es de esperar que la más avanzada se imponga a la otra, para la que solo vislumbra un futuro aciago, entre la asimilación (que tan tristes e indignos resultados estaba dando) o la extinción.

El segundo capítulo incide en sus posiciones con respecto a la esclavitud de los afroamericanos (cuestión que trata también en el citado capítulo x de *La democracia en América*) y su defensa del abolicionismo para las colonias francesas en las Antillas, a la que dedicó buena parte de su activismo político en los años posteriores, a través de su participación en asociaciones abolicionistas, sus publicaciones en periódicos con el fin de influir en la opinión pública y su participación destacada en las distintas comisiones de la Cámara de diputados encargadas de presentar proyectos abolicionistas desde 1839. Si sus críticos actuales han puesto el acento en algunas descripciones cargadas de connotaciones racistas en lo que respecta a los negros de los Estados Unidos o en la moderación y pragmatismo del que parece hacer gala en sus alocuciones como diputado (donde argumenta no solo desde principios morales sino apelando a intereses económicos y teniendo en consideración también los intereses de los colonos esclavistas, que no debían resultar agravados), lo cierto es que Tocqueville siempre fue un firme defensor de la abolición de la esclavitud, institución contraria a los principios de la dignidad humana, la libertad y el cristianismo que él sostenía: en los Estados Unidos no le pasó por alto la paradoja de una sociedad democrática e igualitarista sustentada en la exclusión y el racismo, se reunió con personalidades destacadas del abolicionismo, y si fue pesimista con respecto a una solución a corto plazo en los Estados esclavistas por su propio modelo de producción, más crítico se mostró aún con el racismo y segregación vigente en los Estados del norte, en una sociedad obsesionada con evitar el mestizaje. Tocqueville juzgaba la actual institución esclavista peor incluso que la de la Antigüedad, porque si aquella se limitaba a una discriminación legal, la nueva se asentaba en costumbres y prejuicios arraigados que no terminaban con la emancipación. Frente a esa realidad, defendió la igualdad de todas las razas y seres humanos, que si mostraban rasgos salvajes era precisamente porque se les negaba toda posibilidad de acceso y participación de la libertad política y las luces de la civilización. En cuanto a su supuesto pragmatismo político con respecto a las propuestas de abolición para los esclavos antillanos, para los que llegó a proponer periodos de transición tutelados por el Estado, seguramente no tuvo más remedio que adoptar posturas conciliadoras ante los potentes obstáculos no solo de los dueños de plantaciones sino del propio gobierno, y que finalmente impidieron que aquellos proyectos triunfaran hasta 1848.

Que Tocqueville nunca fue racista queda patente en un original tercer capítulo dedicado a su relación, personal y epistolar, con Arthur de Gobineau, considerado hoy padre de las teorías sobre la desigualdad racial y la supremacía aria con tintes pseudocientíficas que, junto al darwinismo social, tanto predicamento tuvieron a partir de la segunda mitad del siglo xix y particularmente en Alemania. María José Villaverde contextualiza la extraña (y a menudo incomprensible) amistad entre estos dos autores de visiones tan dispares y que sin embargo se extendió durante dos décadas (hasta la muerte de Tocqueville y a pesar de sus discusiones y profundas diferencias), con un estudio sobre el concepto de «raza» y su debate en el siglo xix, entendido como marcador cultural y civilizatorio o bien biológicamente determinado, y en el marco de la división entre teorías monogenistas (una sola raza humana) y poligenistas desde el siglo xviii. A través de la extensa e intensa correspondencia con su antiguo ayudante queda patente hasta qué punto Tocqueville fue crítico con aquel *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* (1853), que juzgaba no

---

solo erróneo (por su torpe justificación pretendidamente científica, su materialismo y su determinismo) y moralmente reprochable por su fatalismo contrario a los principios del cristianismo, sino, presagiaba, peligroso por sus implicaciones para el futuro político.

Como buen seguidor de Montesquieu, Tocqueville siempre defendió que las diferencias raciales no tenían un fundamento biológico, sino que eran debidas a los condicionantes medioambientales, y por lo tanto (ahí su faceta más esperanzada y optimista), superables mediante las adecuadas políticas capaces de extender los beneficios de la civilización a toda la humanidad. El siguiente capítulo, núcleo gordiano de la polémica tocquevilliana objeto de este libro, aborda el episodio crucial de las posiciones del pensador liberal con respecto a la conquista y colonización de Argelia emprendida por Francia a partir de 1830 y que, para escándalo e incompreensión de muchos, Tocqueville apoyó fervientemente. Coincidiendo con su etapa vital como político, y a través de una enorme variedad de enfoques y perspectivas (que van de lo económico a lo filosófico, de lo geoestratégico a lo moral) y sin estar exento de una evolución ideológica que la autora identifica con tres momentos clave, no cabe duda que la complejidad y ambigüedad de sus postulados sobre Argelia plasmados en diversos escritos políticos, discursos ante la Cámara de Diputados, informes, artículos de prensa y correspondencia personal, merecen un estudio detallado como el que aquí se presenta.

Cuando Alexis de Tocqueville fue elegido por vez primera diputado de la Cámara en 1839 la conquista de Argelia ya era un hecho consumado, ante el que solo cabía una retirada poco honrosa (algo que él nunca se planteó) o debatir acerca del tipo de política colonial que el gobierno debía desarrollar en adelante. Hondamente interesado por la cuestión argelina, que le llevó a estudiar la lengua árabe y el Corán o a visitar en dos ocasiones el país, sus posiciones al respecto evolucionaron desde una primera e idealista esperanza (muy influenciada por el pensamiento sansimoniano, fundamental en la cuestión argelina) con respecto a la posibilidad de una colonización pacífica y filantrópica que llevase la civilización a aquellos pueblos más atrasados mediante la fusión de razas, a la constatación a la luz de los acontecimientos de la imposibilidad de asimilación, optando entonces por la recomendación del respeto a las leyes, tierras, religión y costumbres de aquella otra sociedad. Crítico en todo caso con la colonización militar, la violencia y los excesos de la guerra, la crisis de Oriente de 1840 que vino a reactualizar la rivalidad francesa frente al dominio británico, avivó no obstante su discurso más chovinista y prosaico, al que no le quedaba más remedio que admitir algunas violencias como mal menor mientras sus ideas sobre las posibilidades futuras de la colonia se volvían cada vez más desesperanzadas.

¿Cómo el teórico de la democracia y la libertad pudo acabar sosteniendo aquella y otras empresas colonialistas? En aras de superar la controversia sería recomendable abandonar ciertas categorías heurísticas tales como «incoherencia» o «contradicción», ajenas al sentir de la época. Villaverde pone a tal fin a dialogar a Tocqueville con sus contemporáneos, no solo en Francia sino también con homólogos británicos como John Stuart Mill, con el que igualmente mantuvo una correspondencia llena de desencuentros, y ella misma aprovecha, en el último capítulo, para discutir con algunas de las tesis esgrimidas por los más destacados estudiosos de este Tocqueville «colonialista». La contextualización del pensador liberal en el debate de su tiempo y al calor de los acontecimientos históricos normalizan y, por qué no, otorgan cierta coherencia a su postura: la colonización de Argelia fue masivamente apoyada por la opinión pública e intelectuales coetáneos de las más diversas tendencias, como el socialista Louis Blanc; ya desde la Ilustración se había generalizado la idea de una «misión civilizadora», que no solo justificaría el expansionismo europeo sino que concebía como un deber moral llevar los progresos de

---

la modernización, la tecnología, el comercio, la prosperidad y la libertad a los pueblos aún sumidos en la barbarie y el despotismo; en los círculos intelectuales se aspiraba a un nuevo tipo de colonización, no ya basada en el dominio y la explotación, sino en la cooperación e intercambio, así como en la universalización de los principios revolucionarios de igualdad, libertad, fraternidad y derechos humanos; en el caso particular francés, las evocaciones a la *grandeur* nacional respondían a esa responsabilidad histórica fruto de 1789, y a la necesidad, en aras de la tan ansiada paz perpetua, de mantener un equilibrio de potencias que no dejase exclusivamente en manos de Gran Bretaña el control de los mares, el monopolio del comercio y el dominio del mundo.

Toda esa retórica acerca de una «misión civilizadora» o un colonialismo filantrópico de nuevo cuño que tomaba la experiencia de Sierra Leona como inspiración puede resultarnos hoy totalmente desvinculada de la realidad factual que conocemos sobre lo que supuso el imperialismo del siglo XIX para los pueblos africanos y asiáticos crudamente sometidos, aunque no es obvio que resultara una hipocresía para sus contemporáneos. El siempre lúcido Tocqueville sí fue capaz de vislumbrar con pesadumbre, al final de sus días, la deriva de los mezquinos intereses políticos que tanto se alejaban de sus ideales.

La caracterización clásica de un Tocqueville estrictamente liberal resulta compleja no solo en lo que tiene que ver con el colonialismo, sino también a la luz de otros textos y preocupaciones de su época que le alcanzaron de pleno, como las crecientes desigualdades en la nueva sociedad capitalista e industrial. Seguramente deberíamos repensar el debate desplegado en los últimos años en torno a la cuestión del vínculo entre liberalismo y colonialismo, para el que María José Villaverde lanza una estimulante hipótesis: en vez de centrarnos en el análisis de un supuesto «liberalismo imperialista», tal vez resultaría más fructífero replantearse la cuestión desde el enfoque de un «imperialismo liberal». Tocqueville hizo gala en vida de no identificarse con partido o etiqueta alguna, asumir sus propias contradicciones, y la presente renovación historiográfica en torno a su figura viene a devolverle aquella libertad.

Y para quien guste de encajar todas las piezas, se podría apuntar hacia una idea eje, una línea coherente que subyace a todo el pensamiento de Tocqueville, tal y como sugiere Villaverde: del mismo modo que aquella *Democracia en América* caracterizaba el fenómeno democrático como una ola ineluctable que pronto llegaría a Europa, por lo que conocerla y aprender a encauzar sus tendencias más peligrosas constituía el gran desafío político de su tiempo, concibió el imperialismo de forma semejante, como un futuro inexorable que, ante el riesgo de sucumbir a los vicios de su tiempo (el materialismo, el individualismo, la amenaza de una nueva forma de despotismo más asfixiante aún), se afanó en canalizar infructuosamente de acuerdo con aquel principio de «libertad bien entendida».

Nere BASABE MARTÍNEZ

<https://orcid.org/0000-0002-7310-0139>

